



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

EL VALOR DE LA CONSAGRACIÓN EN UN MUNDO SECULARIZADO

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=b96vMlZ7tjw>

La charla que se me ha encomendado tiene este título: "Valor de la consagración en medio de un mundo secularizado". Voy a decir que cuando leí el título para prepararlo un poco, dije "¿a qué se referirá la cosa?", porque dice Valor de la consagración? ¿se referirá a la consagración como la vida religiosa? ¿se referirá a la consagración como acto de consagración al Corazón de Jesús? Y en medio de esa duda de cuál podría ser la orientación de cómo abordar este tema en la charla, la verdad es que me ha parecido que la clave para poder abordarla es hablar de ambos aspectos, de la estrecha relación que existe entre las dos acepciones de la palabra consagración. Perfectamente una acepción de la palabra es consagración como estado de vida consagrada o religiosa, y hay otra acepción de la palabra consagración que es la que nosotros nos consagramos al Corazón de Jesús. Son dos acepciones que tienen mucho que ver, que están muy relacionadas, que se iluminan mucho una y otra, y por eso me parece que desde este punto de vista voy a hablarlos.

Estamos en el año de la Vida Consagrada, hasta el 2 de febrero del año próximo, entre las iniciativas que el Santo Padre ha puesto en marcha, que son muchas, una de ellas ha sido celebrar el año de la vida consagrada con un lema: "Vida consagrada en la Iglesia de hoy: evangelio, profecía y esperanza". Es decir, que para entender qué es la vida consagrada, qué es el estado de consagración en la Iglesia (nos solemos referir a los religiosos, pero también hay otras formas de vida consagrada, de institutos seculares, etc) el lema de este año dice "evangelio, profecía y esperanza". O sea la vida consagrada es una profecía y es una esperanza. Profecía es como adelantar a esta vida lo que nos espera en el cielo. Y una esperanza porque, al mismo tiempo, la vida consagrada, además de decirnos cómo va a ser la vida del cielo, esa responsabilidad que vive en los consagrados, ese tener directamente a Cristo como esposo, es un adelanto de lo que va a ser el cielo, en el que tendremos directamente un desposorio con Jesús. Acordaros de lo que dice Jesús en el Evangelio: allí no serán marido y mujer, sino que todos seremos, todos viviremos directamente el desposorio con Cristo. Pero además de eso, también una esperanza porque la vida consagrada nos está ayudando a vivir el sentido más neto, más auténtico de la espiritualidad cristiana.

Permitidme un breve excursus. Quizás para entender lo que es la vida consagrada conviene saber que hasta el siglo IV propiamente, la vida consagrada no se institucionalizó en la Iglesia como ahora está institucionalizada. En los tres primeros siglos no existían órdenes religiosas, no existía el estado de consagración, digamos, de una manera institucionalizada. Había personas que vivían una consagración con el

Señor, pero a título particular. La Iglesia no había organizado la vida consagrada hasta el siglo IV porque (he escuchado una explicación de esto que me parece muy luminosa, que a mí me ilumina mucho) en los tres primeros siglos lo que configuró la espiritualidad de los cristianos fue **el martirio**. Hasta que llegó la Paz de Constantino y finalizaron las persecuciones de los cristianos, fueron tres siglos en los que lo que configuraba la vida era el martirio. Uno sabía que podía ser martirizado en cualquier momento; había así épocas de paz, pero enseguida venía la siguiente persecución del emperador y de nuevo la siguiente. Los cristianos vivían en un estado martirial, sabían que en cualquier momento podían ser llamados al martirio.

Recuerdo, cuánto bien me hizo la lectura que hice siendo sacerdote recién ordenado; leí un libro de Orígenes titulado "Exhortación al martirio" y me impresionó ver que los pastores hablasen a sus fieles para prepararles al martirio. Me pareció impresionante. Me parece impresionante que un obispo diga : voy escribir una carta pastoral a mis fieles para que se preparen en el martirio. Me impresionó mucho leer eso y entendí que, cuando uno vive ese estado de preparación para el martirio, porque en cualquier momento puede ser martirizado, eso configura tu vida porque en realidad estás consagrado ya y ya vives la consagración. Era muy difícil que en esos tres primeros siglos de martirio, el demonio introdujese en la Iglesia la secularización. Hombre, alguien que se está preparando para el martirio, secularizarse es un poco complicado, muy difícil porque vive con la lámpara encendida, vive un deseo de santidad. Es difícil que se apegue al dinero. ¿para qué se va a pegar al dinero si pasado mañana igual le martirizan? no está para tonterías, para qué va a acumular dinero. Entenderá perfectamente lo que dice el Evangelio de Lucas 12: "Necio, esta noche te van a reclamar tu alma, ¿para quien sera esto que has acumulado?". Alguien que se está preparando para el martirio no es fácil que el demonio le engañe. El demonio lo tiene difícil con ese que se está preparando plenamente.

Por cierto, esto lo entendemos muy bien con lo que está pasando con nuestros hermanos en Medio Oriente. Cuando unos hermanos viven así, en una preparación al martirio, es que su nivel de entrega y su planteamiento de santidad, de radicalidad evangélica es que es muy distinto. Me impresionó profundamente escucharle al arzobispo de Mosul, cuando hubo esa diáspora y una parte importante de su clero huyó cuando entró el Estado Islámico y se fueron a Estados Unidos o América. Me impresionó profundamente verle al arzobispo de Mosul decir: "Aquí no se escapa nadie". Y mandó una carta a sus sacerdotes que habían huido, amenazándoles bajo suspensión *a divinis*, al que no retornara. Y les dio una suspensión canónica a aquellos que huyesen a occidente y les dijo: "Es hora de martirio, y si nuestros fieles pobres están aquí, aquí no se escapa nadie". Me impresionó porque yo dije: "Madre mía!", qué autoridad de pastor y qué convicción". A quien vive en ese estado, como os podéis imaginar, a quien vive así la vida consagrada. como en esos tres primeros siglos, todavía no era necesario para la Iglesia que la organizase institucionalmente porque la llamada al martirio ya configuraba esa consagración del corazón.

Pero llega la Paz de Constantino y entonces, el imperio se hizo cristiano así en su conjunto, y el demonio tenía otra forma de tentar a la gente: de tentar de mediocridad, de tentar de adocenamiento, de comodidad. Y entonces en ese momento fue cuando la Iglesia entendió, en Oriente con San Pacomio y San Basilio, y en Occidente con San Benito y San Agustín, que convenía institucionalizar la vida consagrada porque tenía que haber alguien que mantuviese la lámpara encendida. Era necesario mantener la

lámpara encendida, era necesario marcar cuál era el centro de gravedad de nuestra vida cristiana para no ser tentados. Por eso digamos que en la vida de la Iglesia, la vida consagrada ha sido como una prolongación del martirio, una continuidad de la espiritualidad martirial.

De hecho, hay una cosa que igual no os habéis fijado en ella, pero litúrgicamente es muy llamativo que el día 25 de diciembre se celebra el día de Navidad, y al día siguiente, el 26, San Esteban protomártir. Un poco raro. Y el día 27, San Juan, la primera alma virgen, el primer corazón virgen consagrado. O sea, que resulta que la liturgia de la Iglesia, en esa lógica, el primer fruto de la llegada de Cristo es el martirio, y el segundo fruto es la virginidad, es la consagración del corazón como la continuidad de ese don de cómo seguir a Cristo. El martirio es un faro encendido para recordarnos que nuestra vida tiene sentido en la esponsabilidad con Jesús. Y si en algún momento esa llamada al martirio se queda un tanto, digamos, en penumbra por la situación social, viene **la vida consagrada** para continuar siendo un faro encendido y recordarnos que el sentido de la vida cristiana es la esponsabilidad.

Este es el motivo por el que la vida consagrada es como un faro. Ya sabéis que yo vengo de una población que tiene su puerto y su mar, y tenemos, en San Sebastián, como en todos los lugares costeros, un faro. Un faro que por las noches a los barcos les indica por dónde deben de tener cuidado porque están allí los riscos y los barcos pueden encallar. Más aún, en el puerto de Pasajes que es un puerto natural; cuando vienen barcos grandes tiene que salir el practico porque los barcos no pueden entrar por sí mismos en ese puerto porque encallan y hacen un estropicio muy grande. En ese caso tiene que salir el práctico del puerto con una barcaza, le echa un cable al barco que viene y le indica por dónde tiene que entrar al puerto sin encallar. Algo así es la vida consagrada: es un faro, es como un práctico del puerto que te indica "cuidado por este lado y por el otro lado". Nos indica cuáles son los enemigos de la espiritualidad cristiana, del corazón esponsal. Porque digámoslo claro: la clave de la espiritualidad cristiana es la consagración para todos nosotros. ¿Qué significa consagración? Que mi corazón tiene dueño, eso significa ser cristiano. Nuestro corazón es de Cristo, y la vida consagrada te lo recuerda y, como el práctico del puerto, te dice: "Cuidado, que tu corazón tiene dueño, vente por aquí y vente por allá".

Especialmente la vida consagrada, a través de sus tres consejos evangélicos convertidos en estado de vida, que son los tres votos, nos recuerda que el primer enemigo de ese corazón esponsal es priorizar **el tener por encima del ser**, el materialismo. Por eso elige la pobreza como una luz encendida en medio de la noche. La pobreza espiritual, el voto de pobreza, el desprendimiento de los bienes, para que esa luz en medio de la noche te recuerde que tu corazón tiene dueño y que el dinero o los bienes materiales no pueden ser dueños de tu corazón. Y también el segundo enemigo de esa esponsabilidad de nuestro corazón es **poner el apetecer por encima del querer**. Sí, cuando uno pone su apetencia por encima de su voluntad, se impone la apetencia a su voluntad, es decir, cuando el hedonismo, la comodidad, el placer en el mínimo esfuerzo, etc es el que domina en tu vida, entonces la esponsabilidad del corazón con Cristo no puede vivir su vocación, es desviada. Y el tercer enemigo, si el primero es poner el tener por encima del ser, y el segundo es poner el apetecer por encima del querer, el tercer enemigo de la esponsabilidad del corazón es **poner nuestra voluntad por encima de la voluntad de Dios**.

Por eso, al mismo tiempo la vida consagrada vive el voto de pobreza, vive el voto de castidad y vive el voto de obediencia. Los tres consejos evangélicos, pobreza, castidad y obediencia, nos recuerdan que nuestro corazón tiene dueño y que el tener no puede estar por encima del ser, ni el apetecer por encima del querer, ni nuestra voluntad por encima de la de Dios. Nosotros obedecemos la voluntad de Dios porque nuestra libertad no es absoluta; somos libres, verdaderamente libres, cuando hacemos el querer de Dios el nuestro. Esta es la clave de la vida consagrada, como os digo, es un faro; es como un práctico que conduce a los barcos adentro del puerto sin que encallen en la entrada.

Esto, que es la vida consagrada, nos sirve perfectamente para entender qué es **la consagración al Corazón de Jesús**. Porque tiene dos acepciones la palabra consagración: como estado de vida, o consagración como un acto devocional de entrega explícita, de caer en cuenta, de toma de conciencia que es lo que hacemos. (es que mañana tenéis una consagración en este santuario). ¿Qué es una consagración? es un caer en cuenta explícitamente, abrir los ojos a una realidad que es que mi corazón tiene dueño. Pues bien, vayamos a subrayar qué significa esa consagración al Corazón de Jesús que vais a hacer mañana.

En primer lugar, significa **volver al amor primero**. Lo más trágico que puede acontecer en nuestra vida es el no conmovernos por el amor de Dios. Es más, yo creo que en eso consiste el pecado original. ¿En qué consistió el pecado original? El pecado original, tal y como es narrado por la Sagrada Escritura, yo creo que se plantea, se muestra como una tentación de pretender ser como Dios. Pero antes de ese pretender ser como Dios, obviamente hubo un no disfrutar de lo que Dios te está dando, porque cuando uno disfruta de lo que Dios le está dando no tiene tiempo para otra tentación. Por ejemplo, la famosa parábola del hijo pródigo: esa tentación del hijo pródigo de salir fuera de casa porque es tentado de un placer y un disfrutar que él es de suponer que veía desde la ventana de la casa de su padre corriendo los visillos y veía una vida mundana que le tentaba. Pero no olvidemos que antes que eso había ocurrido otra cosa, había ocurrido algo muy grave, y es que él había dejado de disfrutar de ser hijo. Y como no disfrutaba de ser hijo, le empezaba a tentar otra cosa fuera. La clave, la esencia del pecado del hombre, la esencia del pecado original es no disfrutar del amor de Dios, ser amado por Dios y no disfrutarlo. ¿Puede haber algo más grave que eso? Un pecado muy frecuente en nuestra vida es ser fiel y no disfrutarlo. Es que eso es de tontos; y aparte de que es de tontos, en el fondo es muy grave. Y esa es una raíz del resto de los pecados. La consagración al Corazón de Jesús quiere hacernos disfrutar de lo que somos: disfruta de lo que eres. Pero hombre, disfruta de lo que Dios te ha dado, que es gravísimo estar rodeado de los dones de Dios y sentirte no amado. Es gravísimo estar en un banquete y morirte de hambre. Ese es el primer sentido de la consagración: volver al amor. Lo más trágico que nos puede acontecer es no conmovernos, no disfrutar de ser amados por Dios; y por el contrario, lo más gozoso que puede pasar en nuestra vida es el regreso al corazón de Dios. Regreso y comprobando que tu nombre estaba escrito en ese corazón; llegas allí y dices: "Mi nombre está escrito aquí", y te conmueve al darte cuenta de que eso es así.

En segundo lugar, la llamada a **la reparación**. Hay una llamada a la reparación en la consagración al Corazón de Jesús. Reparar es recuperar el tiempo perdido viviendo el momento presente en intensidad de amor. Es no dedicarse a lamentarse, porque es muy frecuente el que seamos tentados de lamentos: "si esto hubiese sido así, si yo hubiese...". Estamos siempre con lamentos que nos desubican del momento presente.

Cuántas veces yo en las consultas de Radio María de los oyentes, he solido responder una cosa: "remordimiento a destiempo, tentación encubierta". Cuando uno empieza a traer a su memoria cosas que hubiese querido hacer, no hubiese querido hacer o no he querido hacer ahora... entonces "remordimiento a destiempo, tentación encubierta." La clave de recibir el amor de Dios es entender que ahora es tiempo de gracia, ahora Dios me da la capacidad de reparar mi vida. Además sintiéndome corresponsable de lo que pasa a los demás, diciendo: "Yo también estoy aquí, sintiéndome instrumento de Dios para iluminar a los demás, para rezar por todos, para saber que no nos salvamos solos." Es impresionante, por ejemplo, la insistencia del Papa Francisco en ese "rezad por mí". Es impresionante esa insistencia; es cómo tener conciencia de que hay un misterio que es el de la comunión de los santos, el de los vasos comunicantes, el de que entre todos formamos una cordada ascendiendo a la cima. Luego, cada vez que tú te presentas delante de Dios diciéndole: "oye, ¿qué hay de lo mío?", Él nos suele responder diciendo: "¿y dónde está tu hermano?". Nosotros vamos a por lo mío y él te dice: "¿y tu hermano?". Luego yo creo que esta también es otra característica del Corazón de Jesús, que es que mis preocupaciones sean las suyas, que mi horizonte se amplíe, que yo tenga celo apostólico, que me importe la gloria de Dios y que me importe la salvación de las almas. Y entonces uno vive su vida en otra clave, y desde luego se agobia mucho menos de lo que se está agobiando hasta ahora en cosas que en las que nos jugamos la gloria de Dios, y al revés, se preocupa mucho más de lo que debe de preocuparse. Este es el sentido de la reparación: vivir con intensidad el momento presente haciendo más las cosas que le preocupan a Cristo y haciendo más las cosas que le alegran el Corazón de Cristo. Qué importante es este sentido de conmovernos por ello.

En tercer lugar, la consagración al Corazón de Jesús es la conciencia de que queremos **fundar todo en Cristo**. El bien común necesita de Jesucristo; la justicia social necesita de Jesucristo; la ley natural necesita de Jesucristo. El paso del tiempo está demostrando que sin Jesucristo el hombre no vive ni la ley natural. Conocéis esa famosa frase de Chesterton que decía: "Quitad lo sobrenatural y no os encontraréis con lo natural, sino con lo antinatural". Jesucristo es necesario para que fundemos en esta sociedad el respeto a la ley natural, para que fundemos la búsqueda del bien común y la justicia social. Jesucristo es necesario, hay que fundarlo todo en Cristo. Sé que diciendo esto algunos nos perciben como que estamos pretendiendo imponer en la sociedad no sé qué tipo de cosas, como si hiciésemos una especie de imposición de nuestras convicciones a la sociedad, pero ni mucho menos. "¿Vosotros os creéis poseedores de la verdad?", hemos escuchado en algunas ocasiones. Lo cierto es que no es verdad; en todo caso será la verdad de Cristo la que quiere poseernos y servirse de nosotros como instrumentos suyos para darle gloria. Nosotros no poseemos a Cristo; es Cristo el que quiere poseerse de nosotros, poniéndonos a su servicio para proclamar el reinado del Corazón de Cristo.

Y creo que por encima de todo hay una clave que es que la consagración que vamos a hacer, la consagración al Corazón de Jesús, es una consagración que Cristo hizo al Padre. Es decir, la gran lección de cómo hay que consagrarse nos la dio Jesús en su consagración al Padre. Se dice que todo terremoto tiene un epicentro, incluso un hipocentro (epicentro es el que está a nivel de la tierra, pero el hipocentro es el que está debajo del nivel de la tierra, donde ha comenzado ese movimiento sísmico). Pues bien, hay también terremotos beneficiosos, no solo terremotos desoladores y ese terremoto beneficioso es el Corazón de Cristo que entregó su vida al Padre y comenzó un gran terremoto, un terremoto que se expande en 2000 años a lo largo de la historia. Cristo

entregó su corazón al Padre y mas tarde , tantísimos seguidores de Cristo, comenzando por María, entregaron su corazón. Por eso celebramos la fiesta del Corazón Inmaculado de María al día siguiente de la del Corazón de Jesús, porque el terremoto que comenzó la onda expansiva después de la entrega del Corazón de Jesús fue el Corazón de María. Y luego vinieron los mártires, y luego vinieron los apóstoles, y luego vinieron todos los santos de la vida de la historia de la Iglesia. Y ahora faltamos tú y yo para unirnos a ese gran movimiento sísmico que es el del Corazón de Jesús, que entrega su vida y es un auténtico aliciente para que nosotros unamos su vida a la suya.

Ahora bien, hay una clave, y concluyo con esto, la clave es: para que la consagración a Dios sea auténtica tiene que comenzar de dentro afuera. Para poder cambiar el mundo, esta es la clave que nos ha enseñado Jesucristo, hay que partir de dentro hacia afuera. En este momento, fijaros bien en la que la sociedad española está convulsionada después de las elecciones y lucha y se reprochan mutuamente las cosas y hacen coaliciones para intentar unos echar a los otros. Esta mañana escuchaba y decía que es la política? y decía es el difícil equilibrio entre los que quieren entrar y entre los que no quieren salir, decía uno. Me ha hecho gracia la expresión: es un problema porque cómo guardamos ese equilibrio donde los unos que quieren entrar y entre los que no quieren salir. Bueno, es el gran problema del planteamiento del cambio social que se plantea en este momento en España, es pretender cambiar la sociedad desde fuera, y eso no va a ser posible. Revolucionario es el que quiere cambiar la sociedad sin cambiarse él, y cristiano es el que quiere cambiar la sociedad comenzando por sí mismo. Que hay una pequeña diferencia esencial, por eso creo que la esencia de la consagración al Corazón de Jesús es esta: las cosas se cambian de dentro hacia afuera. Las verdaderas transformaciones se han comenzado así porque nuestro corazón tiene dueño. Recuerdo que en el Congreso de Pastoral Juvenil que celebramos hace ya unos años en Valencia, la ponencia sobre las heridas afectivas del corazón de los jóvenes y sobre la gracia de Cristo que quiere sanarnos, la última frase con la que concluimos aquella ponencia fue la siguiente : "El corazón no es de quien lo rompe, sino que el corazón es de quien lo repara". El corazón es de Cristo, nuestro corazón tiene dueño y tenemos que dar gracias a Dios porque la vida consagrada nos lo está recordando.

Agradecemos a Dios la existencia de la vida consagrada en este año de la Vida Consagrada, que es faro, que es luz. Necesitamos de la vida consagrada, pero eso sí, la vida consagrada cuando no es santa es especialmente escandalosa, es una contradicción. Por eso es tan importante orar por la santidad de los consagrados como una intención muy especial. Y al mismo tiempo, esa vocación a la vida consagrada nos está recordando que nuestra consagración al Corazón de Cristo no es sino percatarnos, abrir los ojos y caer en cuenta de que nuestra vocación es a la esponsabilidad con Jesucristo. Os deseo de todo corazón, que esta conciencia de ser consagrados por Cristo nos ilumine nuestra vida.

Y voy a concluir con una pequeña experiencia: tuve el privilegio, tuve el honor de participar en esa consagración de los jóvenes del mundo al Corazón de Jesús que hizo Benedicto XVI en Cuatro Vientos. Antes de que comenzase el encuentro en aquella tarde inolvidable de Cuatro Vientos, me pidieron que delante de aquella multitud de jóvenes les explicase, brevemente, el sentido de la consagración.(La verdad que yo nunca me había visto en una como esa, porque llegar a verse ante una multitud inmensa de un millón y medio de personas, no sabes si casi parece que uno se tira y es

como si fuese una alfombra, no sabes ni a dónde hablas. Uno ve una multitud así y no sabe ni dónde poner los ojos. Me impresionó mucho aquella multitud). Y cuando expliqué brevemente a los jóvenes allí congregados, en qué consistía la consagración, les dije: "Os invito a que reflexionéis en las palabras que se van a utilizar en esta consagración que el Papa Benedicto XVI va a pronunciar. El Papa se dirige en primera persona a Jesucristo pidiéndole por todos y por cada uno de nosotros y dice (el Papa Benedicto le reza a Jesús de esta manera) : "Que sean siempre tuyos estos jóvenes en la vida y en la muerte, que jamás se aparten de ti". ¿No es impresionante ver la imagen del Papa pronunciando estas palabras en medio de las tempestades de la vida, orando a Cristo por nosotros y pidiéndole que no se pierda ninguno de los que le han sido confiados? "Que no se pierda ninguno, Jesús, de los que me han sido confiados". ¿No nos recuerda esto a la oración sacerdotal que se narra en el Evangelio de San Juan, en la que Cristo después de la última cena oraba al Padre pidiendo esto mismo: "Padre, que no se pierda ninguno" Y el Papa en aquel día inolvidable del encuentro de Cuatro Vientos le rezaba a Jesús: "Que no se pierda ninguno de los que me has dado, de todos estos jóvenes aquí presentes".

Ahora nos toca a nosotros, decirle a Jesús que no se pierda nadie de mi familia, que ningún alma se pierda de los que me han encomendado, que nos juntemos la familia entera en el cielo, que no falte ninguno a esa cita. Igual que Jesús luchaba en Getsemaní, igual que el Papa en medio de aquella tempestad en Cuatro Vientos le pedía esto al Corazón de Cristo, también nosotros estamos llamados a pelear y a luchar para que no se pierdan ninguna de las almas encomendadas. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.